

# DIEZ Y OCHO LECCIONES SOBRE FOTOGRAFÍA: EL CANTO DE CISNE DEL FOTÓGRAFO HORACIO MARINO RODRÍGUEZ.

Esteban Duperly Posada



*Horacio Marino Rodríguez retratado por él mismo o por su hermano Melitón. Fotografía Rodríguez, 1900. Archivo fotográfico BPP.*

**L**a personalidad de Horacio Marino Rodríguez bien puede asociarse a la idea del hombre renacentista, en tanto ella nos sirve para explicar esos personajes que parecen transitar con soltura por todos los campos del conoci-

miento, que pasan de uno a otro con la facilidad de quien se cambia de camisa, y prosperan en el reto mental que detiene a los comunes. Leonardo da Vinci es el referente universal: pintor, escultor, anatomista, inventor de máquinas de guerra. De él se sabe que creó hasta recetas de cocina. Un genio, en suma –y desde luego incomparable– cuyo arquetipo ilustra a quienes tienen la aparente capacidad de aprenderlo todo. Los *to-deros*, como diríamos en lengua común.

Asomarse a la vida de Horacio Marino Rodríguez es asistir a un relato similar. Su historia comienza tallando mármol para lápidas en el taller familiar que dirigía su padre, y termina como profesor en la Escuela de Minas. De picapedrero a arquitecto, para resumirlo de un tajo. Y en el entretanto practica el dibujo, la pintura, el graba-

do, el comercio, la escritura, la fotografía, y finalmente se convierte en constructor y arquitecto. En él puede identificarse un encuentro de saberes que se desarrollan lentamente a lo largo de los años y se complementan. Casi que uno desemboca en el otro, y de ese modo asciende durante toda su vida por una escalera que lo conduce a los sitios más altos del conocimiento que podía adquirir en el entorno en el cual vivió, que fue Medellín durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

De su escolaridad no hay muchos registros. Se sabe que entre los 15 y los 18 años recibió clases en la Universidad de Antioquia, pero aparte de eso no parece que haya tenido otro tipo de educación formal. De modo que su formación académica se basó, sobre todo, en lo que pudo enseñarse a sí mismo empujado por una vocación de estudio bastante fuerte. Un aparente dominio del francés –al menos en lectura– pudo darle acceso a libros especializados, conocimiento que seguro complementó en el contacto con personajes que iban y venían por el taller de los Rodríguez, quienes eran cercanos a círculos

de intelectuales, médicos y artistas.

Durante los primeros años, y en los primeros oficios, es probable que Horacio Marino siguiera el patrón maestro-aprendiz, que ha sido la forma clásica de adquirir conocimiento artesanal. Así aprendió a tallar mármol, dibujo y grabado. Al parecer así entró también en contacto con la práctica fotográfica, aunque este asunto no está del todo claro; esa es una de las vaguedades que rodean su historia cuyos matices hasta ahora son investigados a fondo.

La versión que por años ha corrido dice que aprendió fotografía con su tío Ricardo Rodríguez Roldán, quien estudió medicina en París y para poder llenar la despena tuvo algunos trabajos artesanales, entre ellos ayudante en un taller de daguerrotipos<sup>1</sup>. Juan Luís Mejía, en la edición de homenaje que Eafit le hizo al texto de las lecciones fotográficas de Horacio Marino, sitúa a Ricardo Rodríguez como “colaborador en estudios de fotografía, en auge en esos momentos debido al éxito de ‘la tarjeta de visita’”, lo cual sugiere la técnica de los negativos al colodión

<sup>1</sup>Esto podría replantearse. Tanto entre 1854 y 1860, cuando Ricardo Rodríguez estuvo por primera vez en París, y luego durante una segunda vez, en 1873, la técnica del daguerrotipo ya estaba muy en desuso, especialmente en Europa.

y las copias positivas en papel de albúmina.

Cualquiera fuera el proceso fotográfico que el tío Ricardo hubiese aprendido, se estima que en Medellín, y hacia la década de 1880, le enseñó los rudimentos fotográficos a su sobrino Horacio Marino, y este, a su vez, y en algún momento posterior, le transmitió la técnica a Luís Melitón, su hermano menor. El caso es que en 1889 Horacio Marino sabe fotografía lo suficientemente bien como para abrir su propio gabinete, bajo el nombre Foto Cano & Rodríguez.

Y así aparece la figura de Horacio Marino como fotógrafo, que históricamente ha sido eclipsada por el brillo de Luís Melitón, sobre quien recayó casi todo el crédito del saber fotográfico familiar. Pero al recabar en la vida de los hermanos Rodríguez, surge Horacio como un personaje muy sólido, dueño de un carácter al parecer mucho más dinámico e integral que el de su hermano menor – quien, de hecho, interpreta por años el papel de aprendiz y siempre va a la zaga–, con capacidades que sobresalen y lo compelen a escribir sobre temas que domina a fuerza de auto enseñarse, y que

lo conectan con el conocimiento que compartía un circuito de fotógrafos en América y Europa.

\*\*\*

La relación de Horacio Marino con la fotografía es bastante desconcertante. Parece haberla practicado, al menos de manera sistemática, por trece o catorce años durante los cuales, como fue una constante en él, subió por todos los peldaños, desde el novato hasta el experto. Y cuando llegó a lo más alto, la abandonó.

Ya se sabe que su primer negocio fue Cano & Rodríguez, pero después de eso creó Rodríguez, Jaramillo & Cia, sociedad que terminó en 1896. A partir de esa fecha los hermanos Horacio y Melitón comienzan a trabajar juntos en una sociedad llamada Fotografía de Rodríguez Hermanos, que formalizaron en 1901 y disolvieron de común acuerdo tres años después. Es decir, en términos estrictamente jurídicos, Horacio Marino abandonó la práctica fotográfica en marzo de 1904. Y no se tiene conocimiento de que la hubiera vuelto a ejercer.

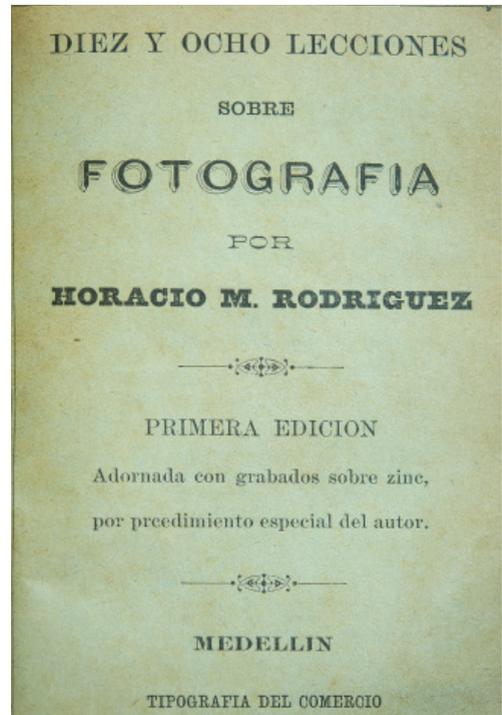
Es como un atleta que tras ganar los laureles arroja la corona y se va tras otro reto. En su caso la arquitectura y la construcción.

Pero volvamos a la fotografía: en ese campo avanzó uno a uno por todos los niveles, hasta llegar a lo más alto. Su recorrido es este: conoce la técnica, la aprende, la domina, la adapta a su contexto geográfico, hace dinero con ella, gana premios y concursos, y finalmente la abandona.

Durante este tránsito entre etapas desarrolló también una faceta más: la de instructor. Horacio Marino es el autor de una publicación sobre técnica fotográfica titulada *Diez y ocho lecciones sobre fotografía*, un libro que apareció en Medellín en 1897, impreso por la Tipografía del Comercio y que se vendía a \$1.20 el ejemplar. Más que un libro, se trata de un manual: mide 10 x 15 centímetros y tiene 64 páginas; cabía en el bolsillo de la chaqueta. Su fin era “presentar á los aficionados al arte fotográfico un conjunto de procedimientos y fórmulas sencillos y prácticos reunidos en un pequeño volumen”, según se lee en el primer párrafo de la introducción, que el autor titula “Advertencias”.

El manual está redactado en un lenguaje fácil aunque que podría calificarse como técnico. Aún así, tiene la lírica del siglo XIX, inclusive para las cuestiones más prác-

ticas. En él, y con cierto misticismo, Horacio Marino describe parte del proceso fotográfico: “(...) á los diez, treinta ó sesenta segundos, según el revelador empleado, principian á aparecer grandes man-



*Portada del libro Diez y ocho lecciones sobre fotografía. El ejemplar se conserva en la colección patrimonial de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia-Carlos Gaviria.*

chas negras que corresponden a los claros”. Además hay frases como “la acción luminosa”, llama “luz rubí” a la luz roja, y describe la receta para fabricar el “relámpago de magnesio”, que no es otra cosa que el actual flash.

El espíritu de *Diez y ocho lecciones* era describir el proceso fotográfico y presentarlo como algo

fácil: casi como una lista de procedimientos –y algunas fórmulas– que podían seguirse paso a paso.

No pretendía ser el relato total, sino un manual de iniciación. Un corto párrafo, extraído de la página 28, sirve de ejemplo: “Unas pocas reglas sobre reproducciones, guiarán al aficionado por camino seguro á un campo donde puede ensanchar sus conocimientos en la materia”. El foco del libro estaba puesto en la enseñanza, y seguro supuso para el autor el esfuerzo de verter al papel su pensamiento y organizar jerárquicamente las ideas. Quizá también fue un ejercicio de evaluación del conocimiento propio. Se asume que solo cuando llega a comprenderse un problema se adquiere la capacidad para explicarle a otro la solución. En ese sentido, el texto permite intuir que a la fecha de publicación el autor dominaba la técnica.

Tal como el título lo expone, el libro son 18 lecciones que abarcan desde la descripción de la cámara hasta la preparación del papel de albúmina. También contiene varias ilustraciones o, según puede leerse en la portada, “grabados sobre zinc por procedimiento especial del autor”. Esto hace

referencia a la *Fotozincografía*, un procedimiento a mitad de camino entre la fotografía y el grabado aparentemente aprendido y adaptado por Horacio Marino en el marco de sus propias búsquedas y experimentaciones, el cual describe en uno de los dos textos que de él se conocen en la revista *Luz y Sombra*, una publicación “consagrada al adelanto y aplicaciones generales de la fotografía”, que era editada en español en Nueva York y circulaba por varios países de América Latina y España. En ella colaboraban y publicaban fotógrafos de distintos países.

Algunas lecciones son elementales y básicas, como la “colocación” de la plancha foto sensible en el portaplacas; pero hay otras más elaboradas, como el arreglo del modelo o la composición general del cuadro –que él llama “reglas para hacer vistas”–. En donde hay mayor despliegue de conocimientos técnicos es en los apartes sobre reactivos químicos para los baños, y en general en todo lo relativo al trabajo en el cuarto oscuro. Tan solo en el desarrollador –o revelador– Horacio Marino menciona cinco procesos: desarrollo al hierro, al pirogálico, al hidroquinón, al metol y al iconógeno. Los nom-

sis prensa [fig. 11.], la película gelatinada hacia arriba, ó lo que es lo mismo, vidrio contra vidrio; sobre el negativo se extiende una hoja de papel

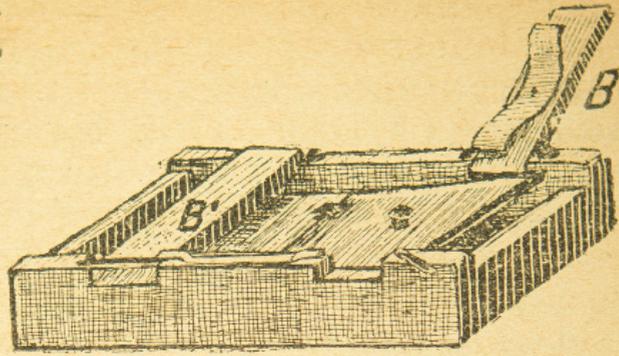


Fig. 11.

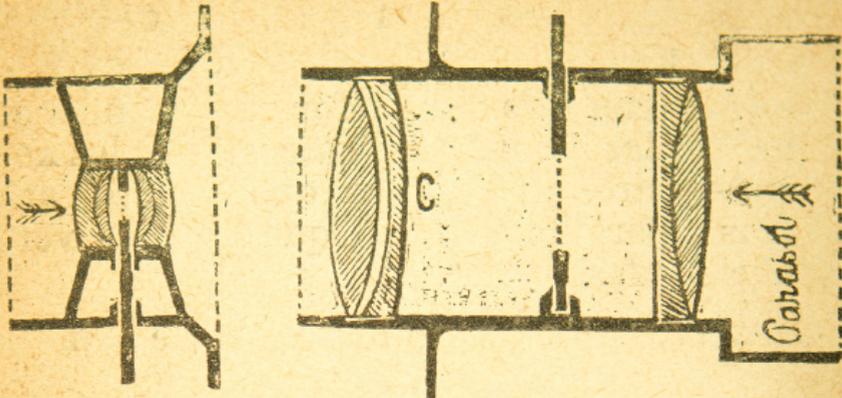


Fig. 5

Fig. 3

*Ilustraciones hechas por Horacio Marino con la técnica fotozincografía. Con dibujos como estos el autor ilustró su propio libro.*

bres que aparecen en las fórmulas –acetato de plomo, sulfocianuro de amonium, alumbre pulverizado– bien nos recuerdan que durante el siglo XIX, y buena parte del XX, la fotografía tuvo mucho que ver con la química, y el fotógrafo se acercaba más a un técnico que a un artista.

La “obrita”, como Rodríguez mismo la llamó, es bastante singular. De acuerdo a Juan Camilo Escobar, docente en la universidad Eafit e investigador de la vida de Horacio Marino Rodríguez, “es un libro tal vez único en Colombia. Ni siquiera Pastor Restrepo, que viajó a Paris en el año 74 es-

pecialmente a estudiar fotografía con fotógrafos, escribió algo así”. Posiblemente exista una publicación similar en otro país de América Latina, pero a la fecha no hay noticias.

Ahí radica parte de la importancia de este libro, y con ello se refuerza la idea del hombre holístico que pudo haber sido Horacio Marino, además de evidenciar su vocación de transmitir conocimiento: *Diez y ocho lecciones sobre fotografía* parece ser un ejercicio de adaptación al contexto local de manuales que no estaban escritos en español<sup>2</sup>. De hecho, en la introducción del texto el autor mismo lo refiere: “[una obra] que satisfaga las exigencias de nuestro público en lo referente al idioma”.

Juanita Solano, doctora en Historia del Arte, cuya tesis doctoral explora en parte la obra de la Fotografía Rodríguez, apunta: “Tengo dudas sobre la originalidad total del libro o si se trata más bien de la traducción y adaptación de otros manuales, probablemente en francés. Había muchos y si comparáramos a fondo los cientos que circulaban en la época, tal vez encontraríamos similitudes.

La diferencia apunta a que *Diez y ocho lecciones sobre fotografía* explica la técnica fotográfica, pero adaptada al entorno. Ni la temperatura ni las condiciones de Medellín eran las mismas de París”.

En este texto, Horacio Marino aborda la fotografía principalmente como un oficio, inclusive como algo que podría llegar a ser un pasatiempo, pero sobre todo como una técnica perfectamente practicable para el habitante de Medellín. Esto es evidente, por ejemplo, en la traducción a terminología sencilla de los nombres de las partes de la cámara, los utensilios del laboratorio fotográfico –“cubetas de cartón endurecido, caucho, vidrio o porcelana”, como se llamaban en cualquier comercio de Medellín– y los nombres de los reactivos químicos. También al compartir los tiempos de exposición a la luz y de inmersión en los baños del revelado. Si bien para entonces en la fotografía los procedimientos estaban relativamente estandarizados, los resultados de ciertos procesos podían variar debido a factores como la humedad y la temperatura. Horacio Marino, con seguridad, había ex-

<sup>2</sup>En *El libro del constructor, una publicación de Horacio Marino Rodríguez sobre arquitectura y rudimentos de albañilería*, hay títulos de capítulos que se corresponden literalmente con el índice de *Histoire des styles d'architecture dans tous pays*, libro que hizo parte de su biblioteca personal.

perimentado bastante y adaptado estas fórmulas al medio ambiente del Aburrá.

Rodríguez recogió una práctica habitual entre fotógrafos extranjeros: escribir y transmitir conocimiento. El mismo año en que apareció *Diez y ocho lecciones* publicó también dos textos en la revista *Luz y Sombra*: el ya mencionado sobre su procedimiento de grabados en zinc, y otro más titulado Fotomicrografía, que detalla la manera de acoplar un microscopio a una cámara y así producir imágenes que resultaban muy novedosas para la época. Surge ahí, una vez más, la adaptación por parte de Horacio Marino de la técnica fotográfica a un contexto de precariedad: si no es posible disponer de una gran óptica o de una gran máquina, pues hay que usar el conocimiento y el ingenio para reemplazarlas.

Ese par de textos, y varias de las lecciones del manual, plantean algo que tal vez ayude a comprender la personalidad y el carácter de Rodríguez, su relación con la fotografía, y su posterior *fuga*. Si bien en los retratos y fotos de la década de 1890, que se atribuyen

globalmente a “los Rodríguez” – pero posiblemente son obra del hermano mayor– hay despliegues de criterios que asociamos al arte pictórico<sup>3</sup>, quizás el mayor interés y curiosidad de Horacio Marino en la fotografía estuvo puesto sobre la cuestión mecánica y no tanto sobre la estética.

Ciertamente él no fue ajeno ni indiferente a conceptos estéticos que debían involucrarse en la práctica fotográfica, pero durante muchos años la fotografía fue considerada una tecnología y no un arte; un artilugio mecánico capaz de reproducir fielmente el mundo real que, además, también servía para resolver problemas meramente prácticos, como copiar documentos. En ese sentido, los textos de Horacio Marino en las *Diez y ocho lecciones* y en las revistas versan más sobre fotografía como técnica mecánica y no como algo que pudiera llegar a calificarse o definirse como arte fotográfico.

Juanita Solano explica: “La vida de Horacio Marino es susceptible de plantearse en términos de una persona muy interesada en avances tecnológicos que están liga-

<sup>3</sup>El pintor Francisco Antonio Cano fue muy cercano a Horacio Marino y en general a los dos hermanos Rodríguez. Horacio y él no solo trabajaron juntos en la década de 1890 sino que estaban ligados por vínculos de parentesco.

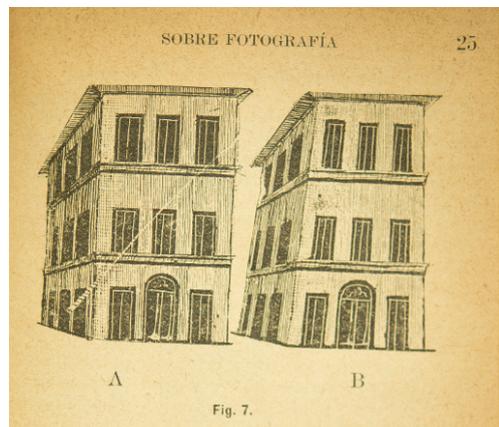
dos a las nociones de progreso de la época. En él una tecnología o un objeto tecnológico se vuelven un medio para llegar a la tan buscada 'civilización'. Horacio era un curioso de las cosas y en su vida hay una constante exploración de diferentes tecnologías”.

En Horacio Marino hay una gran acumulación y encuentro de saberes que se complementan y lo llevan a lo largo de los años a transitar entre disciplinas. Aunque esto no puede, o no debe, comprenderse como etapas absolutas: la práctica de lo uno se solapa con lo otro, y todos sus saberes se ayudan mutuamente. El dibujante y el grabador no se conciben sin el tallador de lápidas, y el arquitecto quizás no hubiera surgido sin la perspectiva, la composición y la proporción practicadas día a día por el fotógrafo. La sumatoria de todo lo anterior le permitió, al final, levantar edificios sin necesidad de un título universitario.

Concluir la razón por la cual Horacio Marino Rodríguez abandonó la fotografía hace parte de la especulación. Tal vez buscaba un reto intelectual mayor, o tan solo prefirió dejar el negocio en manos de su hermano Luís Melitón, quien parecía sentirse bastante a

gusto a la cabeza de *Fotografía de Rodríguez Hermanos*, como se llamaba formalmente la sociedad comercial. Lo cierto del caso es que la publicación de *Diez y ocho lecciones* es el punto más alto de Horacio Marino como fotógrafo: el canto del cisne, para usar una expresión según la lírica del siglo XIX, porque a partir de entonces empezó a desligarse paulatinamente y a ir perdiendo interés en las fotos. Es como si lo hubiera agotado todo en ese campo; su misión estaba cumplida, había logrado lo que se propuso, y ahora necesitaba avanzar hacia un reto nuevo. Quién sabe.

A la luz de hoy parece desconcertante. Pero si pensamos a Horacio Marino no como un artista de la fotografía sino como un hombre que transita constantemente entre tecnologías –y con ellas es ca-



*Dibujo para ilustrar la lección VI del manual. Nociones de perspectiva y proporción parece haberlas madurado el autor en la práctica fotográfica.*

paz de crear obras en las que despliega una visión bella y estética y gozosa del mundo que lo rodea— quizá su paso a la arquitectura y a la construcción resulta más lógico. “La cámara era una forma de capturar la ciudad, de modo que luego pasar a construirla parece natural. Pero, sobre todo, lo que él hace es perseguir ocupaciones que significan progreso. Sigue ligado a la idea de agentes civilizadores”, enfatiza Juanita Solano. Y si pensamos en el manual, fue una forma de alinearse con prácticas que otros fotógrafos hacían por fuera del Valle de Aburrá y que lo conectaron e integraron a circuitos fotográficos de orden mundial.

¿Fue Horacio Marino un fotógrafo? ¿Un artista? ¿Un mecánico? ¿Un inventor? Tal vez fue todo esto; a veces de manera simultánea, a veces por separado. Y en ese sentido, el título que mejor le calaría sería el de creador.



N°25

BOLETÍN CULTURAL  
Y BIBLIOGRÁFICO

ESCRITOS DESDE LA SALA